

EL OCIO COMO MECANISMO POLITICO DE CONTROL: TRAS LA BÚSQUEDA MÍTICA DEL TRIUNFO

Maximiliano Korstanje

Universidad de Palermo, Argentina

Resumen.- Por algún motivo, los regímenes políticos se han visto estrechamente ligados a la organización de grandes eventos y triunfos deportivos a lo largo de la historia. En el presente ensayo, nos proponemos en demostrar como carisma, etno-génesis, hegemonía y arquetipo confluyen y formalizan una relación entre el poder político y el ocio.

Palabras Claves.- *Estructura política, Ocio, Eventos de Competencia deportiva.*

Abstract.- Somehow, the different politic regimes have been linked to great public event organization and deport achievements. At this work, we intend to demonstrate as some isolated variable as charisma, etno-genesis, hegemony and archetype go together and explain the liaison between Political Power and Leisure.

Key words.- *Politics structures, Leisure, Events of sport Competition*

Introducción

El lenguaje y los procesos de identidad nacional parecen (en algún punto) estar estrechamente ligados. No es extraño, observar a diferentes regimenes políticos presionar para que los extranjeros hablen el idioma oficial del país. (Hickerson, 1980). Sin embargo, estaríamos en un grave error si supusiéramos que es la única herramienta que interviene en el proceso de etno-génesis en un grupo o civilización. A otras instituciones como podrían ser la religión, las costumbres o la ideología (Cohen, 1985) (Elías, 1998) (Riccoeur, 2000), se suma un elemento que de alguna manera ha sido olvidado por los estudiosos del tema: el tiempo libre u ocio.

Esta institución social ha estado vinculado (a lo largo de la historia humana) a diversos regimenes políticos. Por algún motivo, que pretendemos analizar en este ensayo, los grandes aparatos políticos han estado interesados en la construcción y manipulación de las masas por medio del ocio y la organización de mega espectáculos ya sean deportivos, militares o de otra naturaleza.

Cabe mencionar, desde Tiberio Nerón y Vespasiano durante las dinastías Claudia y Flavias respectivamente, hasta los gobiernos militares locales de Latinoamérica (como el caso del proceso de Organización nacional que gobernó los rumbos de la Argentina con un oneroso mundial a costas en 1978, desde 1976-1982). Pasando por las más atroces dictaduras como el infame Tercer Reich alemán y la organización de los juegos Olímpicos de Munich.

En resumen, de alguna u otra manera, los sistemas político-administrativos parecen tener una fuerte tendencia a la organización de eventos que exacerben el entretenimiento de las masas y refuercen la identidad social. Luego de esta concatenación de eventos, la pregunta que inmediatamente surge es ¿qué relación tiene el ocio con las estructuras políticas (unipersonales)?, ¿cuál es el papel del arquetipo mitológico en esa relación?

Comenzaremos el desarrollo del trabajo, entonces, abordando la definición de Frederick Munné sobre lo que se comprende por tiempo libre y ocio. Según este autor, tiempo libre y ocio pueden no significar lo mismo. *“Se deduce de lo expuesto que caben dos acepciones generales del ocio: a) como un fenómeno distinto al tiempo libre, en cuyo caso éste último se refiere a la conjunción de la temporalidad y la libertad, y a aquél a cómo se realiza o no tal conjunción en la práctica histórica; y b) el ocio como tiempo libre... la existencia de ambas acepciones es indicadora del problema del ocio, un problema que está contenido implícitamente en la acepción restringida del ocio y del que es expresión la oposición terminológica existente entre la tendencia burguesa y marxista.”* (Munné, 1999:52)

Las diferencias de significación para una u otra corriente han de ser grandes, y según ha sido planteado nuestro tema de estudio, nos inclinamos (por comodidad operativa) a la definición de tipo marxista, la cual según Munné *“critica el tiempo libre del industrialismo capitalista, o simplemente del industrialismo”* (ibid: 52). Es decir, el ocio debe ser comprendido como forma y práctica social relacionada a la dominación “ideológica” de ciertos sectores privilegiados sobre los sectores productivos en dependencia de un contexto histórico determinado. En este sentido, podemos entablar un breve diálogo en la posición marxiana con respecto al ocio y la perspectiva weberiana con expresa referencia a la legitimidad carismática.

El carisma y los Espectáculos como signo de autoridad

Si bien existe una variada bibliografía en referencia al origen histórico, psicológico y socio-antropológico de los espectáculos y su relación con la competencia; y aun cuando en *Wirtschaft und Gesellschaft*, no se haga mención expresa en el tema, es el celebre Max Weber quien ha contribuido en mayor grado a la interpretación de los eventos públicos por medio del carisma.

En *Economía y Sociedad*, el autor establece un modelo analítico en el cual descansan los fundamentos sociológicos de la autoridad. Entonces, para Weber debe comprenderse por dominación a *“la probabilidad de encontrar obediencia dentro de un grupo determinado para mandatos específicos (o para toda clase de mandatos)”*. (Weber, 1992:170).

Por lo general los grupos permanecen unidos en sus costumbres, y herramientas materiales, pero existe otro factor que regula el comportamiento humano: la creencia en la legitimidad. Entre sus tipos puros de dominación (legítima) están el *tipo racional*, cuya matriz descansa en el criterio de un orden legal estatuido; *tradicional*, cuya dinámica obedece a la santificación de las

costumbres y las tradiciones; y finalmente *el carismático*, en el cual nos vamos a detener por un momento.

Para Weber, el tipo carismático “descansa en la entrega extraordinaria a la santidad, heroísmo, o ejemplaridad de una persona y a las ordenaciones por ella creada o reservadas (llamada).” (ibid: 172)

En este sentido, si bien en los grupos sociales los tipos mencionados varían de acuerdo a los contextos, y en efecto coexisten dentro de una misma institución, creemos que existe en la organización de grandes eventos deportivos, una lógica mayoritariamente carismática (en cuanto a extraordinaria) y consecuentemente se vincula al poder político. Pero más específicamente, ¿Qué dice Weber sobre el carácter carismático?

“Debe entenderse por carisma la cualidad, que pasa por extraordinaria (condicionada mágicamente en su origen, lo mismo si se trata de profetas que de hechiceros, árbitros, jefes de cacería, o caudillos militares), de una personalidad, por cuya virtud se le considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas” (ibid: 193)

El tipo de legitimidad carismática se caracteriza por la falta de un aparato burocrático de tipo legal o reglamento, como así también una ausencia de carreras por el asenso y una jurisdicción definida. El vínculo es entre el jefe y sus subordinados sin ningún tipo de intermediarios o estructuras reguladoras. Por otro lado, nos explica Weber la dominación carismática es específicamente revolucionaria ya que rompe con las pautas del pasado. “No conoce ninguna apropiación del poder de mando, al modo de la propiedad de otros bienes, ni por los señores ni por los poderes elementales, sino que es legítima en tanto que el carisma personal rige por su corroboración, es decir, en tanto que encuentra reconocimiento” (ibid: 195)

Según Weber, en su forma inicial el carisma se hace trasgresor, y rompe con la monotonía cotidiana. En este sentido, en cuanto a ser extra-ordinario, el líder dispone de una nueva fuerza y poder que por antonomasia terminan enfrentándose a la estructura tradicional; es en otras palabras reaccionario y renovador.

No obstante, existen aspectos o factores sociales que coadyuvan para que ese carisma se rutinice y de esa forma se cree un nuevo orden tradicional o burocrático. El primer aspecto a tener en cuenta, es el interés de los prosélitos o discípulos en reanimar y continuar la comunidad una vez muerto el líder; segundo, un ideal más intenso en instituir un cuadro administrativo que permita continuar las enseñanzas del líder; y tercero la elección de un nuevo jefe técnicamente ya legalizada. (ibid: 197)

Siguiendo las explicaciones ya mencionadas, tenemos elementos para suponer de antemano que los espectáculos públicos como campeonatos mundiales de Fútbol, carrera de caballos, peleas de gladiadores han funcionado a lo largo de la historia como elementos que contribuyeron de alguna u otra manera a la legitimidad carismática del gobernante.

En un espectáculo de competencia deportiva (o de otra índole) existen dos elementos que son claves para comprender el fenómeno: el interés de estatuir una personalidad que conjugue destreza física y/o algún otro atributo que lo señale como extra-ordinario; y la necesidad por parte del poder político de que ese héroe mítico pertenezca a la propia comunidad; idea (ésta última) que se vincula con un refuerzo en la autoestima del propio endo-grupo. En parte, estos dos componentes parecen explicar los motivos por los cuales ciertos gobiernos o regímenes han desembolsado grandes cantidades de dinero en la organización y concreción de estos eventos. Empero, ¿no ha de ser un hecho tan simple de explicar, o sí?.

La constitución del poder parece en su esencia segmentario y temporal, lo cual no garantiza per se las atribuciones que Weber le otorgó al carisma como forma de legitimación. En otras palabras, como escribe Ronald Cohen *“no puede ser nunca totalmente contenido dentro de las relaciones de autoridad o, si se quiere, dentro de la constitución de la político. Siempre hay para los individuos y grupos medios y arbitrarios – algunos indiosincráticos para los individuos, otros más imitados y extendidos – de competir por cantidades mayores de poder de lo que es legítimamente su derecho bajo las relaciones de autoridad operantes en el sistema en cualquier momento particular del tiempo”* (Cohen, 1985:39).

En esta misma línea de pensamiento, Weber sólo nos sugiere los pasos iniciales del problema; y obviamente existen otros mecanismos que también entran a escena: como la construcción del ser nacional (nacionalismo).

La construcción del Ser Nacional

La sacralidad y la construcción de los símbolos nacionales fueron dos elementos que cautivaron a varios politólogos y sociólogos, algunos como Durkheim decían haber encontrado una relación directa entre los símbolos patrios y el culto al fuego sagrado en la roma arcaica. (Durkheim, 1992) (Coulanges, 2005). Para otros como Deutsch la construcción de las naciones comienza con un intercambio comunicacional y de interacción previo (Deutsch, 2007).

Por medio de su teoría sobre la segmentación de linajes, Evans Pritchard parecía haber encontrado la razón de los conflictos inter-tribales y como éstos influyen en la asociación con nuevos sub-segmentos pertenecientes al mismo linaje (madre). Según el autor *“distancia estructural significa la distancia entre grupos de personas en un sistema social, expresada en función de los valores. La naturaleza de la región determina la distribución de las aldeas, y por tanto la distancia entre ellas, pero los valores limitan y definen la distribución en términos estructurales y proporcionan un conjunto diferentes de distancias”* (Pritchard, 1977: 127)

Por un lado, la tribu se compone de a) un nombre común, b) un territorio, c) una obligación moral de unirse para la guerra y de solucionar las vendetas. A esto

se añade que una tribu es una estructura segmentada y es una unidad dentro de un sistema tribal. Así pues, la solidaridad entre ciertos elementos del sistema implica el conflicto en otras direcciones. No obstante el antropólogo inglés olvidó que en ocasiones los conflictos parecen recrudecer y hacerse más profundos acorde a la cercanía por parentesco según también observó Lewis Coser. (Coser, 1961)

Con sus aciertos y sus desaciertos, la obra de Pritchard revolucionó (desde una perspectiva estructuralista) la antropología política al resolver y demostrar (de un modo muy convincente) la relación entre solidaridad y conflicto con arreglo a los sistemas de linaje. *“Los linajes se fundan en los hombres que, situados en un mismo marco genealógico, se reúnen unilinealmente en un mismo y único origen... desde este punto de vista estructural, los grupos de linajes son llamados pues segmentarios. Examinados bajo su aspecto funcional, se manifiestan como grupos corporativos: los corporate groups definidos por la antropología británica.; detentan símbolos comunes a todos sus miembros, prescriben prácticas distintivas y se oponen de cierta manera unos a otros en tanto que unidades diferenciadas”* (Balandier, 2004:125).

Para Esteban Polakovic la formación del ser nacional está estrechamente ligada a la etno-génesis y si bien pueden ser varios los factores que intervengan en su constitución, el lenguaje parecería ser un elemento fundamental (Polakovic, 1978). Sin embargo, ¿Qué es y como se forma una nación?

Como bien señala Eric Wolf existen diversos mecanismos que se ponen en juego a la hora de formar un Estado-Nación, procesos monetarios, de acumulación de capital, migraciones masivas para ser empleados como mano de obra en las grandes urbes, una educación legal-formal, una sistematización del entrenamiento militar, ampliación de los canales de comunicación, expansión de etiquetas de comportamiento y el establecimiento de códigos estatutarios universales, conformando verdaderos sistemas de “ideas” a los cuales el autor llama “nacionalismos” (Wolf, 2004:7).

En esta línea investigativa, también Wallerstein con su tesis de la economía mundo apuntaba a la gran confluencia de capital como uno de los elementos claves en la formación del moderno Estado-Nación. Por contrapartida doble, entonces las diferentes formas discriminatorias, a su modo de ver, son mecanismos de estratificación y jerarquización propia del sistema de producción capitalista (Wallerstein, 2006:60-62). En efecto, *“por otro lado, el racismo, el sexismo y otras normas antiuniversalistas realizan una tarea igualmente importante en la asignación de trabajo, poder y privilegio dentro del sistema mundo moderno. Suponen exclusiones del espacio social. En verdad son otros modos de inclusión, pero de inclusión en rangos inferiores. Estas normas existen para justificar los rangos inferiores, para hacerlos cumplir, y de modo perverso, incluso para hacerlos tolerables a aquellos que han recibido un rango inferior”* (Wallerstein, 2006:62-63).

Sin embargo, a nuestro modo de ver, uno de los autores responde con mayor exactitud a esta pregunta es Ernest Gellner, para quien existen dos elementos

que fundamentan la asociación: voluntad y cultura. *“La especie humana siempre se ha organizado en grupos de todos los tamaños y formas, unas veces claramente definidos y otras de una forma un tanto vaga, en ocasiones netamente diferenciados entre sí y en otras superpuestos o interrelacionados. ...Sin embargo, en la formación y mantenimiento de los grupos se dan dos agentes genéricos o catalizadores claramente fundamentales: por un lado, la voluntad, la adhesión voluntaria y la identificación, la lealtad y la solidaridad, y, por otro, el temor, la opresión y la coacción”* (Gellner, 1988:77).

El mantenimiento de las estructuras y la solidaridad que funda el grupo (comunidad) se explican por la identificación (lealtad voluntaria) y los incentivos (premios o castigos). En este punto, Gellner entiende a la nación como la convergencia de una voluntad de adhesión de los individuos en conjunción con ciertas similitudes culturales previas, que operen dentro de un contexto homogéneo con arreglo a una educación orientada para la concreción de tal fin.

En resumen, *“es en estas condiciones, y sólo en ellas, cuando puede definirse a las naciones atendiendo a la voluntad y a la cultura, y, en realidad a la convergencia de ambas como unidades políticas ... es entonces cuando los estados quieren llevar sus fronteras hasta los límites que define su cultura y protegerla e imponerla gracias a las fronteras marcadas por su poder ... La fusión de voluntad, cultura y estado se convierte en norma, y en una norma que no es fácil ni frecuente ver incumplida ... el nacionalismo engendra las naciones, no a la inversa”* (Gellner, 1988:80).

Ahora bien, una vez definido el término nación, parece no ser un trabajo sencillo hacer lo propio con el nacionalismo. A la vez, que éste parece difícil de definir (Bailey, 1968). Desde un punto de vista inicial, podemos señalar que los nacionalismos parecen surgir según ciertas inestabilidades institucionales previas, aunque no sepamos bien cuales son sus fases procesales.

En efecto, tanto la Europa del siglo XIX como las 66 independencias políticas alcanzadas entre 1945 y 1968 en África y Asia nos indican que los nacionalismos parecen alcanzar su máxima expresión en épocas de ebullición política inestabilidad social. (Miles, 1989:89) (Geertz, 2005: 203).

Según Clifford Geertz, los procesos nacionalistas se componen de cuatro etapas diferenciadas: la primera es netamente normativa e implica una confrontación entre elementos étnicos, históricos y lingüísticos con respecto a una etnicidad política. Una especie, de conformación de la identidad e imagen de los individuos sobre sí mismos. Una segunda fase, de mayor complejidad, nos habla de un ataque en masa contra el colonialismo, que aumentó los lazos de solidaridad entre los diferentes grupos. La elección de raíces culturales compartidas y la exacerbación ideológica de una lengua común se conforman, en una tercera etapa, como aspectos importantes para la concreción de una política de características nacionales. Por último, según el autor, se suscita una inevitable tensión entre dos corrientes aún dentro de la misma ideología: el epocalismo y el esencialismo. (Geertz, 2005:203-208)

La diferencia entre ambos radica en la orientación hacia la cual se mueven. Para el esencialismo, la mirada estará puesta hacia la modernidad y el futuro, por el contrario el epocalismo, parece estrechar lazos profundos con las tradiciones y un pasado mítico que siempre se presenta como mejor al presente. Al respecto, afirma Geertz *“la interacción de esencialismo y epocalismo no es, pues, una especie dialéctica cultural, una contienda lógica de ideas abstractas, sino que es un proceso histórico tan concreto como la industrialización y tan simple como la guerra”* (Geertz, 2005:210).

En los eventos públicos y en los procesos nacionalistas que tornan alrededor de su organización, suele darse una coexistencia entre estas dos dinámicas opuestas. Por un lado, la búsqueda frenética del triunfo como elemento que demuestre la superioridad nacional sobre el resto del mundo, y cuya visión apunte a un futuro pero siempre y cuando mantenga y evoque la gloria de un pasado siempre mejor y ejemplar.

En su trabajo sobre Winston Parva titulado *La civilización de los padres y otros ensayos*, Elías ya nos advierte sobre el costo social que implica pertenecer al grupo de los privilegiados y conservar por medio de ese sacrificio la hegemonía sobre el grupo dominado (Elías, 1988).

Según otro pensador, Paul Riccoeur, la ideología tiene una fase positiva en cuanto que coadyuva la cohesión del grupo, pero en su aspecto negativo nos distorsiona la realidad, nos embriaga con el dulce sabor de lo deseable; nos encierra y distorsiona nuestro estar en el mundo.

En analogía a la posición de Elías y Riccoeur, con respecto a la ideología Abner Cohen advierte *“existen muchos casos donde se crea una ideología de parentesco para articular la organización política de grandes poblaciones tanto en las sociedades descentralizadas como en las centralizadas”* (Cohen, 1985:59). La ritualización del parentesco funciona en paralelo al orden simbólico, y por consecuencia ambos parecen tener funciones similares. Por lo pronto, al carisma, la formación nacional, se agrega otro elemento que no debe dejar de ser analizado, la hegemonía (ideología) como mecanismo de organización político.

La Hegemonía y la búsqueda del Triunfo

Centrado en la vida social de un pueblo llamado Winston Parva, Elías se cuestiona cuáles son los medios por los cuales un grupo se cree superior a otro y cómo fundamenta y sostiene esa creencia. (Elías, 1998:83)

Según el caso que presenta el autor, existen en el pueblo dos grupos antagónicos que se marginan mutuamente. Las “viejas familias” y “los nuevos” (así denominados por los primeros) y cuyo estereotipo (estigma) parecían aceptar con resignación. De esta forma, el grupo establecido (como viejas familias) se asignaba asimismo atribuciones superiores y prohibía a sus miembros todo contacto con “los nuevos”. En este punto, a través de

mecanismos sociales como el “chisme” las viejas familias regulaban la distancia y la discriminación entre ambos colectivos.

Norbert Elías pretende construir a través de la observación específica de las relaciones sociales en Winston Parva, una especie de paradigma empírico de la ideología. O como el mejor dice *“se puede construir un modelo explicativo a pequeña escala de la figuración que se considera universal; un modelo que puede ser aprobado, ampliado y, de ser necesario, revisado a través de estudios sobre figuraciones relacionadas, a mayor escala. En este sentido, el modelos de una figuración de establecidos y marginados que resulta del estudio de una pequeña comunidad como Winston Parva puede servir como una especie de paradigma empírico”* (Elías, 1998:84)

El rasgo distintivo de este caso, radica en que en ambos grupos no existen diferencias de nacionalidad, educación, étnica o de clase, sino solamente el apego al lugar (el tiempo de permanencia en la zona). Asimismo, los cargos jerárquicos dentro de la misma comunidad estaban reservados para las viejas familias (quienes demostraban mayor cohesión y pertenencia de grupo). El parámetro evaluativo de auto percepción del grupo (dominante) se basa en los casos en “los mejores miembros” del grupo, lo cual es usado como evidencia de una supuesta “superioridad” sobre el otro grupo.

Para el autor, la pieza central de la configuración política está anclada en una estigmatización de un grupo dominante sobre uno marginal. *“El estigma de un valor humano no inferior es un arma que grupos superiores emplean contra otros grupos en una lucha de poder, como medio de conservación de su superioridad social”*. (ibid: 90)

Si bien, desde el punto de vista metodológico pueden existir algunos obstáculos, la perspicacia de Elías y la relación que éste plantea entre hegemonía, construcción del “otro”, y estructura política parece a grandes rasgos ser aplicable a nuestro tema de investigación; ora ya que los eventos deportivos y públicos ayudan a reforzar esa “supuesta” superioridad que implica pertenecer, ora debido a que ella deviene de un costo previo “sacrificio” que se refiere a la competencia en sí misma. Para obtener el triunfo, el héroe mítico debe enfrentarse a un millar de problemas, obstáculos y peligros para finalmente demostrar su valentía, coraje y originalidad. Esta observación nos lleva a la cuarta y última figura de nuestro rompecabezas: el héroe mítico (en este caso el participante o el deportista).

El Personaje mítico en la figura del deportista

No podemos comenzar esta sección sin remitirnos en primera instancia, a la definición misma y el origen del juego. Según Marcel Mauss *“los juegos son actividades tradicionales que tienen por fin un placer sensorial, en cualquier nivel estético. Los juegos suelen ser de origen de oficios y numerosas actividades elevadas, rituales o naturales, ensayadas o en principio en la actividad de excedente que constituyen los juegos”* (Mauss, 2006:123).

Entre los juegos rituales podemos encontrar a los manuales, orales, o de destreza corporal. En cierta forma, el éxito garantiza la suerte y la forma en que se hace frente a la incertidumbre propia de la vida humana. En este sentido, Mauss sostiene *“se puede clasificar también a los juegos por sus consecuencias, por el elemento adivinatorio o de éxito que implican. Con mucha frecuencia, el juego permite determinar la suerte; la propia destreza es una cuestión de suerte”* (Mauss, 2006: 125)

En este sentido, los rituales funcionan como procesos controlados y codificados en donde el azar es uno de los elementos, que señala la voluntad de un ser superior sobre las cuestiones profanas del mundo de los mortales. Sin embargo, no queda claro en Mauss, si todo juego debe ser comprendido como una forma de deporte y cuales son las diferencias entre uno y otro.

A tal efecto el aporte de George Mead y el interaccionismo simbólico se presentan como útiles -en cierta medida. Para Mead, el deporte y el juego se convierten en mecanismos de solidaridad y socialización específicas pero diferenciadas en cuanto a: una construcción de persona y una objetivización de rol con arreglo a una acción determinada. Existe una relación directa entre ambos y el otro “generalizado”. Asimismo, en el juego el niño adopta un rol social sin necesidad de internalizar al otro. Para Mead, el juego es una etapa precedente y necesaria a la organización deportiva en sí misma.

En otros términos, *“el juego en ese sentido, especialmente la etapa que precede a los deportes organizados, es un juego a algo. El niño juega a ser una madre, un maestro, un policía; es decir; adopta diferentes papeles, como decimos nosotros”* (Mead, 1999:180). Por el contrario, en el deporte el individuo internaliza los diferentes roles y posibilidades de la acción. Ya no sólo cumple su rol, para con el mundo en el cual se encuentra inserto, sino que hace propios el rol de sus compañeros o competidores en sí mismo. De esta forma, para entablar una competencia (de cualquier naturaleza) el ego debe considerar las diferentes estrategias y posiciones del alter, hacerlas propias y evaluar las suyas; en términos del propio Mead *“el niño adopta el papel del otro”*.

Al respecto, el autor sostiene *“el deporte tiene una lógica, cosa que torna posible tal organización de la persona: es preciso obtener un objetivo definido; las acciones de los distintos individuos están todas relacionadas entre sí con referencia a ese objetivo, de modo que no entran en conflicto; uno no está en conflicto consigo mismo en la actitud de otro hombre del mismo equipo. Si uno tiene la actitud de la persona que arroja la pelota, puede tener también la reacción de atrapar la pelota.”* (Mead, 1999:188)

La aplicación del interaccionismo simbólico al tema en estudio, nos sugiere la hipótesis de que tanto el juego, como el deporte (pero también otros espectáculos de demostración de habilidades) configuran el ego subjetivo de cada persona acorde a la internalización de los otros. Pero uno de los principales problemas teóricos que presenta este abordaje, es que no considera las consecuencias del triunfo o la derrota en el juego o deporte mismo (Dunning y Elías, 1995); como así tampoco el papel que el mito y el

héroe (como ser extraordinario por algún atributo o habilidad) juegan en el desarrollo de los procesos nacionalistas. Por otro lado, otra limitación clara está, es que la “democracia” no es un fenómeno universal de aquellos pueblos que consiguen una maduración del ego por medio de la comunicación, como Mead sugiere en un principio. Ahora bien, dividir al mundo en sociedades autoritarias y democráticas, parece un hecho tan autoritario como pensar que nuestros valores occidentales son los únicos y mejores posibles (etnocentrismo).

El sentimiento de superioridad política, para Mead, se expresa por medio de la exacerbación del “prestigio nacional” por la cual un pueblo se siente “superior” en alguna habilidad al resto de los “otros”. Existe un sentido de “orgullo” (debido a algún atributo sobresaliente) por la capacidad de subyugar al otro. Pero Mead no aborda el papel del arquetipo mítico, dentro de la construcción del mundo circundante.

En otro campo de estudio, la postura de Dunning y Elías (1995) con respecto al deporte y al ocio, se orientan a explicar la evolución de deporte dentro del proceso civilizatorio por medio de las nociones de figuraciones, o equilibrio de poder. Según estos autores, los organismos nacionales velan por las victorias deportivas, debido a que de esa manera disminuyen sus tensiones internas.

Al respecto, una breve reseña de Hernández Mendo (2001) sobre Elías, nos explica que *“en la génesis de los deportes, son los propios equipos o sus patrocinadores quienes elaboran las reglas. A medida que esta función de construcción pasa a un organismo menos local y más nacional aumentan las tensiones. El organismo nacional tiene unos intereses de velar por el juego de todos los equipos frente a cada uno de los equipos, cuyo fin inmediato es la victoria. Este es el inicio, de una polaridad que genera tensión.”*

Sin embargo, la problemática de Dunning y Elías no va a estar puesta en la construcción simbólica del triunfo, sino en los procesos de civilización y violencia normativa que rigen el deporte. Desde otra perspectiva, la violencia no es inextricablemente un fenómeno deportivo, sino que se observa en todos los rincones de la vida social. Claro que, la concentración expiatoria de la misma violencia en rituales específicos (espacios) como puede ser una cancha o un estadio, sugiere una reducción de la tensión cotidiana. Los espectáculos deportivos se configuran (para los autores) como formas expiatorias que ayudan a focalizar la violencia en terrenos habilitados para tal fin; reduciendo, así, los efectos nocivos de la misma en otros escenarios (equilibrio social).

No obstante, la valiosa obra de Dunning y Elías no responde tampoco a nuestras expectativas desde el momento en que no toma en cuenta la manipulación política y arquetípica que los diferentes gobiernos pueden ejercer sobre los espectáculos públicos o deportivos. En resumidas cuentas, a diferencia de la cotidianeidad, en estos eventos místicos (especiales) no prima la violencia (para con el endo-grupo), sino más bien la cohesión, la unidad y la lealtad o auto-referencia como elementos paradigmáticos de concentración de poder y legitimidad. Las tensiones internas, parecen ser articuladas por medio

de una estructura superior que convoca, indaga e identifica al sujeto con una supuesta “causa” común. (Korstanje, 2007)

Para resolver esta cuestión debemos traer o citar los aportes del historiador Mircea Eliade, con referencia a la relación entre el mito y las prácticas sociales. Para este autor, *“el mito cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los comienzos. Dicho de otro modo: el mito cuenta cómo, gracias a las hazañas de los seres sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea esta la realidad total, el Cosmos, o solamente un fragmento”* (Eliade, 1968:18). Pero a la vez, que éste es atemporal modifica, condiciona y modela las prácticas profanas en el tiempo presente; en efecto el mito hace expresa referencia a como una actividad se llevó a cabo por vez primera, y así como estuvo bien, debe ser repetida en el mundo actual.

Las historias míticas pueden hacer referencia (en la mayoría de los casos lo hacen) a seres supernaturales, dotados de cuantiosos y esplendidos poderes y facultades, entes sabios, o fuerzas extra-mundanas que apuntan a un pasado que en sí se sugiere como mejor. Estos personajes, surgen en contextos de turbulencia e inestabilidad política; en un mundo caótico y desordenado que debe ser expiado y depurado. (Eliade, 1968) (Berger, 1971)

Obviamente, que como han escrito tanto Malinowski como “el célebre” Claude Lévi-Strauss, el mito cumple una función ordenadora, expresando, codificando y exaltando las creencias del propio grupo. Ese relato, que nos parecería algo entretenido para pasar el rato, adquiere una fuerza activa cuya tendencia radica en explicar el mundo y sus contradicciones. (Malinowski, 1998:27) (Lévi-Strauss, 2003:139)

Empero, ¿esto parece no explicar satisfactoriamente cual es el rol del deportista o del héroe mítico dentro de éstos procesos cíclicos?

Nos cuenta Theorstein Veblen, que los grupos humanos pueden definirse acorde a su forma de producir y a la función que cada clase juega en ese proceso. A grandes rasgos, las sociedades y civilizaciones se han compuestos de dos tipos: a) una clase productiva destinada al desarrollo técnico del trabajo, y b) una clase ociosa, que hace referencia a la búsqueda constante de prestigio y atributos pecuniarios.

Los deportistas (pero también los intelectuales), para el autor, entrarían en la segunda clasificación desde el momento en que sus hazañas no tienen una finalidad práctica sino puramente simbólica. Estos grupos parecen ser producto de la acumulación de excedente producido en contextos sociales e históricos específicos (Veblen, 1974). Hecho, que en parte, parece explicar satisfactoriamente los motivos que han llevado a las grandes estructuras político-administrativas a la cosecha de prestigio y estatus.

Las hazañas contribuyen directamente a la formación de héroe mítico (arquetipo) como ideal y personaje carismático. Sin embargo, estos personajes no pueden tomar forma sin la complicidad de estructuras espaciales y

temporales presentes. Es precisamente, a ello que dirige sus fuerzas el poder político y donde encuentra legitimidad y aceptación.

Sin embargo, cabe aclarar que no sólo el deporte se presta para ser utilizado por las diferentes estructuras políticas en forma legitimante. Pensarlo de forma contraria, sería en parte pecar de cierta ingenuidad intelectual. La realidad, nos demuestra que tanto carisma, como lealtad a la nación, hegemonía y formación del arquetipo son elementos presentes también en los espectáculos culturales, conmemorativos de fiestas patrias o eventos específicos, exposiciones de arte, e incluso eventos musicales. Por lo tanto, este ensayo teórico no se refiere a una antropología del deporte sino a una antropología del espectáculo u ocio como forma socializante, cohesionante de legitimidad política. De esta manera, la construcción del héroe como figura mítica se extiende también a músicos, artistas, pintores, literatos, escultores, actores, cuerpos militares e incluso personalidades del ámbito intelectual. Sobre este último caso, es interesante señalar los esfuerzos del nazismo por vincularse simbólicamente a los (en ese entonces) ya fallecidos Max Weber, Richard Wagner o Frederich Nietzsche por medio de diferentes mecanismos.

Por defecto, asumimos que los elementos analíticos ya mencionados se unen como partes de un rompecabezas: el carisma, lealtad de grupo (nacionalismo), hegemonía y finalmente arquetipo. Todos ellos confluyen, en verdaderos procesos de exaltación y patriotismo cuya máxima expresión parecen ser la organización de los grandes eventos públicos (deportivos o estéticos); ora por estigmatización del “diferente”, ora por la adoración ciega e impermeable a su propia megalomanía. O mejor dicho, como acertadamente afirma Gellner, *“Durkheim enseñó que lo que adora la sociedad en el culto religioso es su propia imagen enmascarada. En una era nacionalista las sociedades se adoran abierta y descaradamente, prescindiendo de todo disimulo”* (Gellner, 1988:81).

Conclusiones

El presente ensayo teórico ha intentado responder por las dos preguntas fijadas de antemano en la introducción. Por un lado, cual es el papel del ocio como institución social plausible de ser políticamente controlada, mientras por el otro la relación que surge entre el mito viviente, engendrado en la figura del deportista exitoso y ganador, y el poder político, la administración del ocio, y la concreción de eventos multitudinarios.

Luego de la exposición teórica en que se ha basado nuestro trabajo, sabemos que: a) carisma, b) etno-génesis o nacionalismo, c) hegemonía y d) la formación del arquetipo, se ponen en funcionamiento para legitimar ciertas estructuras de naturaleza social y política. Este modelo propuesto, creemos explica de forma satisfactoria y causalmente las relaciones planteadas. Obviamente, cabe aclarar que estos son tipos ideales y varían en cuanto a su contenido e intensidad acorde al contexto en el cual se desenvuelven.

Es posible, que Lévi Strauss no haya estado tan errado cuando afirmó *“nada se asemeja más al pensamiento mítico que la ideología política”*. (Lévi-Strauss,

1995:186). En este sentido, cabe (aunque más no sea otra vez) repasar y resumir los puntos relevantes en las líneas siguientes:

1- En un espectáculo de competencia deportiva existen dos elementos que son claves: el interés de conformar una personalidad que conjugue destreza física y/o algún otro atributo que lo señale como extra-ordinario; y la necesidad por parte del poder político de que ese héroe mítico pertenezca a la propia comunidad; idea (ésta última) que se vincula con un refuerzo en la autoestima del propio grupo.

2- En los eventos públicos y en los procesos nacionalistas que tornan alrededor de su organización, suele darse una coexistencia entre estas dos dinámicas opuestas. Por un lado, la búsqueda frenética del triunfo como elemento que demuestre la superioridad nacional sobre el resto del mundo, y cuya visión apunte a un futuro pero siempre y cuando mantenga y evoque la gloria de un pasado siempre mejor y ejemplar (mítico).

3- La pertenencia al grupo privilegiado exige un sacrificio, un costo social por el sólo hecho de pertenecer. El triunfo alcanzado, con la mayor cantidad de obstáculos posibles, por parte del héroe no sólo refuerza su originalidad y personalidad extraordinaria, sino que además confirma el estatus de perteneciente a un grupo de "elegidos". Esta tendencia específicamente paranoica y megalómana puede observarse en la estigmatización del diferente por esta clase de super-estructuras.

4- A grandes rasgos, las sociedades y civilizaciones se han compuesto de dos tipos de estratos: a) una clase productiva destinada al desarrollo técnico del trabajo, y b) una clase ociosa, que hace referencia a la búsqueda constante de prestigio y atributos pecuniarios. Los deportistas entrarían en la segunda clasificación desde el momento en que sus hazañas no tienen una finalidad práctica sino puramente simbólica. Estos grupos parecen ser producto de la acumulación de excedente producido en contextos sociales e históricos específicos (Veblen, 1974).

Los individuos gozan de cierta libertad tras finalizar sus obligaciones, a ello podemos darle el nombre de tiempo libre, o en su defecto de tiempo no obligado, empero en la práctica del ocio, el individuo se transforma en ciudadano; consecuentemente se convierte en un sujeto político y en muy raras excepciones pueda salirse de ese papel. Por lo demás, es posible que en futuros trabajos se focalice en forma empírica la relación que ha tenido El Proceso de Reorganización Nacional y el mundial de Fútbol FIFA Argentina 1978 y la intervención militar en Las Islas Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur en el año 1982.

Referencias Bibliográficas

- Bailey, Samuel. (1968). *Movimiento obrero, Nacionalismo y Política en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Hyspamerica.

- Berger, Peter. (1971). *El Dósel Sagrado*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Balandier, Georges. (2004). *Antropología Política*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Cohen, Abner. (1985). "Antropología Política: el análisis del simbolismo en las relaciones de poder". En Llobera, José R. *Antropología Política*. Barcelona: Editorial Anagrama. Pp.:55-82.
- Cohen, Ronald. (1985). "El sistema político". En Llobera, José R. *Antropología Política*. Barcelona: Editorial Anagrama. Pp: 27-53.
- Coser, Lewis. (1961). *Las Funciones del Conflicto Social*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Coulanges, Fustel De Numa D. (2005). *La Ciudad Antigua*. Madrid: Editorial Edaf.
- Deutsch, Karl. (2007). *Política y Gobierno*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Durkheim, Emile. (1992). *Formas Elementales de la Vida religiosa*. Madrid: Editorial Akal.
- Dunning, Eric y Elías, Norbert. (1995). *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Elias, Norbert. (1998). *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Editorial Norma.
- Geertz, Clifford. (2005), *La Interpretación de las Culturas*. Madrid: Editorial Gedisa.
- Gellner, Ernest. (1988). *Naciones y Nacionalismo*. Madrid: Editorial Alianza.
- Hernandez Mendo, Antonio. (2001). "La violencia en el fútbol: una reseña bibliográfica". Revista digital EF Deportes. Año 6, Número 9. Disponible en www.efdeportes.com
- Hickerson, Mancy Parrot. (1980). *Linguistic Anthropology*. Orlando: Holt Rinehart and Winston Inc.
- Korstanje, Maximiliano. (2007). "Repensando el poder: una reseña crítica sobre la función de los prejuicios sociales, la ideología y la religión. Revista Saber Académico (UNIESP). Número 4. Disponible en www.uniesp.edu.br/revista, União das Instituições Educacionais de São Paulo
- Lévi-Strauss, Claude.

- (1995). *Antropología Estructural*. Barcelona: Editorial Paidós.
- (2003). *El Pensamiento Salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Malinowski, Bronislaw. (1998). *Estudios de Psicología Primitiva*. Buenos Aires: Editorial Altaya.

- Mauss, Marcel. (2006). *Manual de Etnografía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Mead, George H. (1999). *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Editorial Paidós.

- Miles, Robert. (1999). *Racism*. Nueva York: Routledge Editor.

- Munée, Frederick. (1999). *Psicosociología del Tiempo Libre*. México: Editorial Trillas.

- Polakovic, Esteban. (1978). *La Formación del Ser Nacional: la etnogenesis*. Buenos Aires: Editorial Lumen.

- Pritchard-Evans, Evan Edward. (1977). *Los Nuer*. Barcelona: Editorial Anagrama.

- Riccoeur, Paul. (2000). *Del Texto a la acción: ensayos de hermenéutica II*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Veblen, Thorstein. (1974). *La Clase Ociosa*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Wallerstein, Immanuel. (2006). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Weber, Max. (1996). *Economía y Sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Wolf, Eric. (2004). *Figurar el poder: ideologías de dominación y crisis*. México: CIESAS, Introducción traducida por Katia Rheault. Material disponible en <http://memoria.com.mx/node/358>.